

LAS EPÍSTOLAS DE PABLO



CAPÍTULOS 2 al 4

Por Ronald L. Dart

Llegamos ahora a Hechos 2 y versículo 14. Pablo se encuentra de pie en medio de una gran multitud. La multitud está compuesta —principalmente— de judíos (personas que vivían en Jerusalén, pero también compuesta, en gran medida, de personas que habían nacido en otro lugar aunque eran judíos; eran parte de la “diáspora” —fueron dispersos por todo el mundo, pero ahora habían regresado a Jerusalén y estaban viviendo allí). En aquella época había en Jerusalén sinagogas de personas de distintos países y por lo tanto hablaban el idioma con el que nacieron, con el que estaban más cómodos. Así que, como resultado de esto, estoy seguro de que había sinagogas de los cretenses, de los libios —es un paréntesis interesante de la historia. Todas estas personas se hallan congregadas alrededor de Pedro y él comienza con lo que debe considerarse el primer sermón apostólico; de hecho, la primera predicación del evangelio por uno de los propios discípulos de Jesús luego de su partida.

Versículo 14:

“Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel”

Así continúa una cita muy completa extraída del segundo capítulo del libro de Joel.

Es interesante reflexionar en el punto de vista de los apóstoles sobre la profecía cuando uno encuentra algo como esto; porque Pedro cita lo que —esencialmente— es una profecía del tiempo del fin y dice que esto que está ocurriendo aquí hoy es lo dicho por el profeta Joel. Escuchemos lo que Pedro dice y veamos si podemos entender lo que él persigue.

“Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi espíritu, y profetizarán. Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales

abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo; el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto; y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”

Eso es todo lo que Pedro citó del libro de Joel y su contenido es interesante porque parece dar a entender que Pedro sentía que estaba viviendo en la época justo anterior al Día del Señor. Ahora bien, es evidente al ver todas las Escrituras del Nuevo Testamento (las epístolas de Pablo dan estas indicaciones así como lo hacen otras) que los primeros apóstoles no sabían que tenían ante ellos un período de tiempo que se extendía por dos mil años en los que la iglesia se desarrollaría, crecería, se dispersaría, sería perseguida, se desarrollarían herejías y falacias increíbles —¡ellos simplemente no lo sabían! No tenían la garantía de que Jesucristo regresaría durante la vida de ellos, ni tenían tampoco pista alguna que indicara que no lo haría. Y todo indica que ellos sentían que la partida de Cristo dio comienzo a un período de preparación que probablemente terminaría en un período razonablemente corto y el regreso y el Día del Señor y todas las señales en el cielo asociadas con él.

Así que cuando Pedro se pone de pie y dice *“esto es lo dicho”*... bueno, es difícil para nosotros saber —luego de dos mil años— exactamente en qué estaba pensando, pero él ciertamente entendía que la profecía de Joel era una profecía del tiempo del fin. Bueno, entonces ¿significa eso que Pedro estaba equivocado? Bueno, no; no estaba equivocado porque aquí tenemos un ejemplo interesante del principio de “dualidad” en la profecía. Muchas profecías bíblicas, de hecho, tienen dos o más cumplimientos que incluso se encuentran registrados en la Biblia. Uno puede, por supuesto, ver indicaciones de, digamos, el primer y segundo cumplimiento o el primer cumplimiento y luego una pista y una sugerencia del segundo. No hablaré en detalle de muchas de ellas, pero este es uno de esos casos en los que lo que ocurrió en el día de Pentecostés (el año 31 d.C., cuando el espíritu santo cayó sobre ellos) fue (para usar el término de los teólogos) un “tipo” de lo que habría de ocurrir en el tiempo del fin. Así que Pedro estaba en lo correcto al decir *“esto es lo dicho por el profeta Joel”*. Era sobre el derramamiento del espíritu santo, era un tiempo de profetizar, un tiempo de predicación, un tiempo de visiones y de sueños, pero no era el tiempo del Día del Señor; pero ellos no lo sabían y ya que ningún hombre sabe el día ni la hora del retorno de Cristo, es muy obvio que Pedro tenía que predicar, al ver las señales que ocurrían, que el tiempo estaba cerca. Dicho sea a su honor, incluye las señales en los cielos, mostrando que él entendía que tenían que ocurrir más cosas que solamente un grupo de personas que hablaba en lenguas y profetizaba para indicar que el Día del Señor estaba allí sobre ellos.

Otra parte interesante de este sermón se halla en el versículo 21 en donde Pedro dice:

“Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”

Eso es interesante, ¿verdad? Porque lo que da a entender es que hubo una época en la que todo aquel que podría invocar el nombre del Señor no necesariamente sería salvo. Es decir: No cualquier persona o toda persona podía invocar el nombre del Señor. Claro está que uno podría ver esto como una doctrina que solamente unas cuantas personas hoy en día están siendo salvadas y que la gran mayoría de la humanidad será salva en el tiempo del fin, pero al ver este

versículo en el contexto de los Hechos, cuando vemos este versículo como algo que Lucas escribió a sus contemporáneos para tratar de incluir una parte del sermón de Pedro con el propósito de ayudarlos a entender lo que pasaba, esto adquiere un matiz ligeramente distinto —por lo menos desde el punto de vista de Lucas—. Lo que él vería aquí sería el contraste entre judío y gentil; que hubo una época en la que solamente a los judíos (es decir, israelitas en el sentido amplio de la palabra) se les ofrecía la salvación —ya que la salvación era de los judíos— pero que vendría la época en la que salvación no estaría limitada a los judíos sino que *“todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”*, y ese es, básicamente, el significado de esta afirmación.

Ahora bien, luego de citar la Escritura Pedro ahora prosigue a dirigirse directamente a los hombres congregados alrededor suyo y —desde muchísimos ángulos— es una declaración importante; no siendo el menos importante la consciencia de ellos sobre Jesucristo y su ministerio y finalmente sus consecuencias; pero no nos adelantemos.

Versículo 22:

“Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis”

Ahora bien, los milagros de Jesús no fueron hechos en un rincón y es obvio que las noticias del día estaban repletas de ejemplos, ilustraciones, rumores —o como uno los quiera llamar— de los milagros de Jesús, ya que hizo uno tras otro y eran milagros asombrosos. Uno puede imaginarse las conversaciones que se dieron la noche después de que hubo sanado a un hombre que era ciego de nacimiento¹, uno puede imaginarse cómo la noticia se esparció en esa ciudad. Así que cuando Pedro dice *“como vosotros mismos sabéis”*, bueno... ¡era cierto! Ellos habían escuchado todas las historias sobre los milagros de Jesús; algunos de ellos habían visto personas sanadas por Jesús. Algunos habían extendido su mano y los habían tocado, algunos habían platicado con el hombre que era mudo e incapaz de hablar hasta que Jesús le desató la lengua y lo puso en condiciones para hablar². Así que sabían; claro que sabían. También es importante notar que Pedro veía los milagros de Jesús como una aprobación de parte de Dios; era un *“varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales”*; fueron dadas como evidencia de que Dios estaba detrás de Jesús. Ciertamente, no era la única evidencia ya que el propio Jesús dijo que la única señal, como tal, que sería dada a una generación pecadora y adúltera sería la señal de Jonás³ —pero ese es otro tema.

Siguiendo con la lectura en el versículo 23:

“a éste [o sea, Jesús], entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por mano de inicuos, crucificándole”

¹ Juan 9

² Marcos 7:32-35

³ Mateo 12:39; 16:4 (Nota del traductor)

Este es otro versículo preñado de significado. En primer lugar, la muerte de Jesús no fue accidente alguno; su entrega a la muerte no fue accidente alguno; fue algo que formaba parte del plan de Dios; era el consejo determinado —o sea el plan predeterminado, el acontecimiento conocido de antemano e intencional; de hecho, se nos dice que él era el Cordero de Dios inmolado desde la fundación del mundo⁴. Así que la muerte de Cristo —su sacrificio por nosotros— fue ordenado justo desde el principio.

Así que Pedro dice: “Ustedes, entonces, han prendido a éste —que fue aprobado por Dios entre ustedes, y quien fue entregado con el plan intencional de Dios (conociéndolo él de antemano y con total consciencia de lo que ocurriría)— pero ustedes lo han tomado y por mano de inicuos lo han crucificado y matado”.

Ahora bien, había personas allí que no tenían nada que ver con la muerte de Jesús; había personas allí que no le habían atravesado sus manos con clavos, no le habían obligado a cargar ese madero por las calles de la ciudad, no le habían puesto allí, no lo habían alzado, ni siquiera habían estado presentes al momento de la crucifixión. ¿Cómo creen ustedes que se sentían al estar allí sentados viendo a Pedro y escucharlo decir “ustedes” —viéndolos a los ojos—, “ustedes lo han prendido y por mano de inicuos lo han crucificado y matado”? Es algo que mueve a la reflexión, ¿verdad? Porque lo que Pedro está haciendo es poner la muerte de Jesucristo, la culpa, la responsabilidad, la muerte en sí, sobre las manos de todos los que están allí —ya sea que hayan estado o no directamente involucrados en ella—. Pienso que eso es algo en lo que todos debemos reflexionar. Pues algo fundamental en la enseñanza de los apóstoles es que nosotros —todos nosotros—, por nuestros pecados, hemos crucificado al Hijo de Dios.

Continúa diciendo:

“al cual [esto es: a Jesús] Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella. Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia”

Aquí tenemos un salmo que los escuchas de Pedro conocían bien; lo que dice para nada les tomó por sorpresa pues muchos de ellos —sin duda— habían memorizado grandes porciones de los salmos y estaban muy familiarizados con estas palabras de David.

Sin embargo, Pedro debe explicarles algunas cosas que posiblemente no habían entendido al principio.

Primeramente, démonos cuenta que en la afirmación “no dejarás mi alma en el Hades”, la palabra “hades” significa “la tumba”, y así lo comprendían todos los que lo estaban escuchando. No estaban pensando en un lugar terrible de tormento eterno cuando Pedro utilizó la palabra

⁴ Apocalipsis 13:8 (N. del T.)

“Hades”. Por supuesto, que él usó la palabra equivalente en el idioma arameo o la palabra hebrea que tendría que ver (simplemente) con el lugar de los muertos, no *Gehenna* o un lugar de fuego o de llamas. Muy bien, dice: *“No dejarás mi alma en el Hades”*; continúa diciendo:

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy”.

Desde muchos ángulos, esta es una Escritura interesante, no siendo lo menos interesante el hecho de que muchas Escrituras del Antiguo Testamento revelan con claridad que David va a estar en el Reino de Dios —sobre eso no hay nada que discutir— y sin embargo, no dice que David estuvo muerto y sepultado, sino que *“murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy”*. Lo que esto da a entender es que David sigue muerto, no que está en otro lugar mientras que su cuerpo mortal se convierte en polvo en la sepultura.

Pedro continúa:

“[David] murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma [o sea, el alma de Cristo] no fue dejada en el Hades [es decir, la sepultura], ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del espíritu santo, ha derramado esto [esta manifestación del espíritu santo] que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”

Ahora bien, ese versículo tendría que hacer reflexionar a quienes creen en la inmortalidad del alma y que creen que todo hombre que ha vivido se va ya sea al cielo o al infierno al momento de morir, ya que únicamente pueden concluir que si David no fue al cielo entonces David fue al infierno. Pero luego se nos presenta el problema que David fue un hombre conforme al corazón de Dios⁵, fue un hombre muy especial, estará en el Reino de Dios, estará reinando sobre Israel en la resurrección⁶ —¡es simplemente demasiado! Pero, claro está, que esta Escritura —junto con muchas otras— debería de hacernos reflexionar con respecto a la inmortalidad del alma.

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”.

Qué palabras tan asombrosas. ¡Qué palabras tan asombrosas!

En primer lugar, tenemos la acusación: *“a quien vosotros crucificasteis”*. Ellos se percataban de que este hombre que se encontraba allí parado hablando ante ellos, lo hacía con bastante

⁵ Hechos 13:22; 1 Samuel 13:14

⁶ Salmo 89:20-37; Ezequiel 34:24, 37:24; Jeremías 30:9; Oseas 3:5 (N. del T.)

autoridad —ya que, evidentemente, no era un hombre estudiado y sin embargo, es obvio que hablaba con una convicción increíblemente intensa y las personas ya habían presenciado la manifestación de los dones del espíritu santo de Dios y el hablar en lenguas al grado que, probablemente, incluso Pedro se estaba dirigiendo a ellos en uno u otro idioma y tal vez diciendo lo mismo en distintos idiomas para que quedara grabado en sus mentes. No podían evadir lo que habían visto. Estaban enterados de los milagros de Cristo, sabían de su ministerio, sabían de su crucifixión, ¡sabían que ellos mismos eran —de alguna forma; a ojos de Pedro— cómplices en esa crucifixión! No es maravilla, pues, que Lucas escribiera:

“Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?”

Y a continuación tenemos la advertencia más limpia, sencilla y directa para un pecador que ha llegado a darse cuenta que es un pecador. No es complicada o difícil; es muy sencilla.

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del espíritu santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación”

Ciertamente fue un sermón más largo que lo que aquí dice; lo que tenemos aquí es la médula, es el corazón y de todo el sermón, de todo el mensaje, el núcleo fundamental es el versículo 38:

“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del espíritu santo”

Más adelante dirá: *“Arrepentíos y convertíos”*; eso se encuentra en Hechos 3:19. Existe una muy sutil diferencia entre estas dos palabras: *“Arrepentíos y convertíos”*. La palabra “arrepentirse” en el idioma griego viene de una palabra... de hecho, es una palabra compuesta. Viene de la forma preposicional “meta”, que significa “con” o en su forma combinada quiere decir “cambiar” y la palabra “noeho”, que básicamente significa “percibir con la mente”. “Cambiar lo que se percibe con la mente” o “un cambio de corazón, de mente”. La palabra “convertirse” básicamente significa “regresar”; es decir: Si uno va caminando y uno recuerda que ha olvidado algo y luego regresa para ir a su casa a recoger aquello, entonces uno se ha “convertido” —en su uso más elemental. Así que lo que Pedro está diciendo en Hechos 3:19 con *“arrepentíos y convertíos”* es: “Cambien su mente y den la media vuelta”. No es difícil de entender, ¿verdad? Podría ser más difícil llevarlo a cabo... pero la palabra “arrepentirse” —la mayoría de veces en las que se usa— contiene o incluye el sentido de “lamentarlo”, de “sentir remordimiento por lo que uno ha hecho” y tiene que ver, no solamente la respuesta emotiva, sino que también una decisión deliberada de hacer un cambio en nuestra vida.

Así que cuando ellos dijeron: *“Varones hermanos, ¿qué haremos?”*, Pedro no les pidió que escalaran el Everest, no les pidió hacer penitencia, no les pidió que hicieran restituciones de

muchas cosas o nada por el estilo; les dijo: “Cambien sus mentes y corazones, den la media vuelta en su mente y *“bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del espíritu santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación. Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas”*

¡Ese sí que fue un sermón! Claro está que todos entendemos que no fue solamente un sermón, fue todo el panorama, todo el “paquete”; estas personas habían visto que se hizo una señal manifiesta, habían visto la evidencia de la presencia del espíritu santo. Aunado a esto estaba el sermón muy poderoso de Pedro. Se hizo un llamado al arrepentimiento. Se arrepintieron. ¡Y qué diferencia hizo en sus vidas!

“Y [estas tres mil personas] perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno”

Ahora bien, uno no tiene que equivocarse al pensar que esta era una práctica que los cristianos siempre seguirían en todas las generaciones; es decir: que la religión cristiana sería una religión comunal. Nada podría estar más lejos de la realidad. Lo que esto sencillamente está diciendo es que estas personas que estaban allí —y era una época fuera de lo común, y una experiencia que se da únicamente una vez en la vida— querían prolongar la experiencia y siguieron esta práctica por esta razón.

“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”

Hechos 3 y versículo 1:

“Pedro y Juan subían juntos al templo a la hora novena, la de la oración”

Esto, en sí, es muy interesante debido a que da a entender que la iglesia seguía yendo al templo en las horas rutinarias en las que los judíos normalmente iban al templo para orar. Estando aquí en el siglo XX, es muy difícil percatarse de que la iglesia primitiva (verdaderamente primitiva) realmente no se había separado mucho del judaísmo; seguían dependiendo bastante de la sinagoga y del templo, iban al templo, especialmente para orar —hoy en día, ese pensamiento ni siquiera nos pasaría por la mente a la mayoría de nosotros si hubiera un templo; pensaríamos en orar a lado de nuestra cama, pensaríamos en orar en nuestro estudio en casa, pensaríamos en orar aquí o allá o tal vez en el bosque; no sentiríamos que se haría una oración más eficaz en el templo que en cualquier otro lugar, pero no era así como pensaban Pedro y Juan y creo que es importante que

uno se de cuenta de ello; que las personas —los cristianos— de esta época todavía iban al templo y éste era una parte muy central de la adoración de ellos, y de hecho: generalmente utilizaban de los servicios del sacerdocio en varios aspectos de las cosas que hacían los sacerdotes. Así que estaban muy lejos de divorciarse del templo; nada de lo que Jesús había dicho los divorciaba de él, nada de lo que Pedro o Juan enseñaron iba a cambiar aquello —todavía era, en gran medida, una realidad. Claro está que más adelante hallaremos incluso al propio apóstol Pablo valiéndose de los servicios del sacerdocio en el templo⁷. Así que, tengamos cuidado de no divorciarnos demasiado de la forma de pensar de estas personas y de lo que estaban haciendo y de la época en la que se encontraban y lo que estaba pasando, ya que los asuntos sobre los que discutimos los cristianos del siglo XX no eran tema de discusión para estas personas; muchos de esos asuntos ni siquiera les pasaban por la mente; jamás tuvieron que enfrentarse a ciertas preguntas que nosotros, más adelante, hemos tenido que enfrentarnos. Y entonces me temo que, muchas veces, hemos fabricado respuestas para estas preguntas cuando no existe la pregunta —ellos jamás la vieron y ciertamente no había realmente la necesidad de una respuesta. Hemos construido teologías que, supuestamente, son una comprensión básica de la realidad de las cosas que no tienen ningún sentido en el contexto de Pedro y Juan que subían al templo a orar.

Ahora bien, al ir subiendo al templo, había un hombre sentado allí que no sabía quiénes eran, no sabía que ellos eran cristianos (mucho menos apóstoles), no sabía que tenían algún poder milagroso; era simplemente un hombre que se puso allí porque las personas que iban al templo eran religiosas y es más probable que las personas religiosas sean generosas o que les den una limosna a un hombre paralítico que algún hombre de negocios (supongo que así pensaba él). De cualquier manera, allí se encontraba y se nos dice que:

“era traído un hombre cojo de nacimiento [este hombre jamás había caminado en toda su vida], a quien ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que entraban en el templo. Este, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna”

Extendió su mano y dijo: “Una limosna, una limosna para los pobres”.

“Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos. Entonces él les estuvo atento, esperando recibir de ellos algo. Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. Y tomándole por la mano derecha le levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos; y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios”.

¡Justo era que lo hiciera! ¿Pueden ustedes imaginárselo? ¡Jamás había caminado! No sólo tenía los pies, tobillos y piernas lisiados, sino que los músculos estarían atrofiados ya que jamás se habían ejercitado. No solamente había incapacidad y no había tono muscular ni nada, sino que los patrones en el cerebro que deben de aprenderse para caminar, para correr, para saltar... ¡eso no estaba presente! Cuando este hombre fue sanado, los músculos, los tejidos, los tendones, las

⁷ Hechos 21:20-26; 24:18 (N. del T.)

articulaciones, el sistema nervioso, incluso los patrones en el cerebro, fueron puestos allí. ¡Cómo no saltar! ¡Cómo no brincar y emprender la carrera por el templo y experimentar esa sensación y gritar a todo pulmón alabando a Aquel que ha obrado esto en uno! Porque ciertamente, él mismo no sabía de qué se trataba esto. Estoy seguro de que sabía que Dios lo había sanado y ciertamente había oído a Pedro cuando dijo: *“En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”*. ¡Qué maravilloso estar en su lugar! ¡Qué extraordinario el que le haya pasado a uno esto!

“Y todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios. Y le reconocían que era el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo, la Hermosa; y se llenaron de asombro y espanto por lo que le había sucedido. Y teniendo asidos a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado”

Eso era de esperarse...

“todo el pueblo, atónito, concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón. Viendo esto Pedro, respondió al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto?”

Ahora bien, yo no quisiera criticar a Pedro en este sentido, pero esa pregunta me parece un poco absurda. ¿Por qué no habrían de maravillarse ante lo que vieron? Pero él dice:

“¿Por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos”

Nosotros lo vimos vivo después de su resurrección.

“Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros. Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes”

“Por ignorancia ustedes crucificaron a Cristo; por ignorancia sus gobernantes crucificaron a Cristo”.

“Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”

Este es un llamado que se hace a todo hombre que ha experimentado la convicción del pecado. Implica dos cosas: Implica arrepentirse (esto es, lamentarlo; esto es, un cambio del corazón y de la mente) y convertirse (que quiere decir dar media vuelta, volver sobre nuestros pasos). No basta decir: “Lamento lo que he hecho y he tenido un cambio de corazón”. Uno, de hecho, debe de

darse la media vuelta; uno debe tomar decisiones, actuar con respecto a las cosas que uno está haciendo y ha estado haciendo. Esto es necesario para que uno pueda decir “me he arrepentido y convertido”.

Versículo 20:

“Y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo”.

Ahora bien, esta es una cita directa de Deuteronomio 18 y más o menos los versículos 15 y 19, y muestra claramente que el propio Moisés era un tipo de Cristo. Hemos sabido por mucho tiempo que David era un tipo de Cristo porque muchos de sus salmos se enfocaban directamente en Jesús, su ministerio, lo que habría de hacer y lo que ha de hacer. Lo que quizás no se reconoce tan universalmente, es que Moisés también era un tipo de Cristo y que la profecía de Deuteronomio 18 versículos 15 y 19, que hablan del levantamiento de un profeta como Moisés, sería cumplida en Cristo. Y la declaración: “y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo”... Muchos profetas han sido enviados a Israel e Israel había matado a los profetas y los había apedreado, y por último fue enviado el profeta como Moisés y, lamentablemente, muchas almas han rehusado escucharlo.

“Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad”

Y la palabra “maldad” simplemente significa “iniquidad”. La palabra es “anomia” en el idioma griego con la parte negativa puesta antes de la palabra que quiere decir “ley”. Así que Jesús ha hablado para bendecirlos, a fin de que cada uno se convierta de su iniquidad.

Hechos 4, versículo 1:

“Hablando ellos al pueblo, vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos”

Ahí estaban parados los que sanaron a este hombre, hay una multitud alrededor y Pedro estaba simplemente predicándoles el Evangelio; y mientras ellos les hablaban vienen y se presentan algunos oficiales; escucharon todo el ruido y la barahúnda y ahí están. Y se nos dice que al venir estaban “resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos”, porque —de hecho— esta era una fuerte amenaza al estatus quo, no habían podido manejar muy bien este asunto sobre Jesús y, por supuesto, en todas partes se hablaba de su

resurrección de entre los muertos y estaban haciendo su mejor esfuerzo para sofocarla con todo tipo de explicación o rumor imaginable y ahora después de haber trabajado tanto y haber matado y quitado de en medio a Jesús (según ellos), ahora se enfrentan al problema de que estos hombres no solamente se ponen a predicar la resurrección de entre los muertos sino ¡que están sanando a las personas para respaldar su palabras! No es maravilla, pues, que estuvieran resentidos.

“Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque era ya tarde. Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil”

Yo más o menos me imagino a un puñado de personas —veinte o treinta personas que se han reunido alrededor de Pedro y Juan. ¡Aquí dice cinco mil personas! Tenían que haber estado parados en un lugar en el que se les pudiera oír y ver, y tendría que suponer que los sacerdotes y el jefe de la guardia del templo tenían que ser un poco cuidadosos al irrumpir allí.

“Aconteció al día siguiente, que se reunieron en Jerusalén los gobernantes, los ancianos y los escribas, y el sumo sacerdote Anás, y Caifás y Juan y Alejandro, y todos los que eran de la familia de los sumos sacerdotes; y poniéndoles en medio, les preguntaron: ¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto? Entonces Pedro, lleno del espíritu santo, les dijo: Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel: Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste haya sido sanado”

Es interesante la forma en la que Pedro comienza. No empieza contestando directamente su pregunta. Arranca diciendo que aquí había un hombre que estaba enfermo, que estaba parálítico desde el vientre de su madre sin poder caminar. ¡Todos lo conocían! Había estado allí desde que era niño. Las personas que transitaban las calles lo conocían de vista, era conocido por todas las personas que iban al templo. Lo conocían bien. Y entonces Pedro primero que todo comienza diciendo: “Bueno, miren, si nos van a interrogar sobre la manera en la que este hombre (que era impotente y que todos ustedes conocen) ahora está aquí de pie y puede saltar y caminar y correr, si lo quieren saber *‘sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano’*”.

Eso debió haber sido duro. Debió haber sido difícil para los líderes religiosos que estaban allí parados lidiar con eso. Y todas las personas estaban escuchando estas cosas, escucharon sobre Jesús, sabían que había sido crucificado y aunque podían dudar de la resurrección de entre los muertos, ¡no podían decir nada sobre este hombre que estaba allí parado, sano y sanado de su enfermedad! Estaban en un aprieto ante el hecho de la resurrección.

Y Pedro dijo:

“Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”

Eso es algo asombroso. No hay otra ruta hacia la salvación; no hay 14 caminos de salvación. No se puede ir al cielo por todo tipo de caminos como algunos quieren hacernos creer. Dice que *“en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”*.

Y este sí que es un problema para muchas personas; no solamente entonces si incluso ahora; tratar de entender la sabiduría de Dios y el juicio de Dios y su justicia en la salvación o la falta de ella de las personas en todo el mundo.

“Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo”

Con esta declaración no se busca insultar sino que simplemente eran pescadores, no habían sido bien educados, no habían estudiado bajo los grandes rabinos, no habían tenido una educación formal así que eran ignorantes sobre muchos aspectos, pero tenían que maravillarse porque podían estar de pie y hablar y eran extremadamente eficaces, pues aunque las palabras de Pedro han sido traducidas, igual se puede percibir el poder de ellas. Así que los vieron, percibieron que eran hombres sin letras (es decir, que no tenían educación) y *“se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús”*. Habían estado con él, lo habían conocido, etcétera.

“Y viendo al hombre que había sido sanado, que estaba en pie con ellos, no podían decir nada en contra [ya que él estaba allí con ellos]”

Si usted fuera ese hombre ¿en dónde estaría? ¿Estaría del lado de los acusadores o se separaría de estos hombres o acaso no estaría usted allí con ellos diciendo: No, no; estos hombres son los que hablaron cuando fui sanado?

“Y viendo al hombre que había sido sanado, que estaba en pie con ellos, no podían decir nada en contra. Entonces les ordenaron que saliesen del concilio; y conferenciaban entre sí, diciendo: ¿Qué haremos con estos hombres? Porque de cierto, señal manifiesta ha sido hecha por ellos, notoria [es decir: evidente] a todos los que moran en Jerusalén, y no podemos negarla”

Es asombroso, ¿verdad?

“Sin embargo, para que no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para que no hablen de aquí en adelante a hombre alguno en este nombre”

¿Qué se hace en este caso? ¿Cómo maneja uno la situación? Decidieron usar la táctica más antigua que se ha utilizado por el ser humano (supongo yo) en la religión: el temor. Decidieron: *“Amenacemos a estas personas con algo; asustémoslas un poco; infundémosles temor y*

digámosles que no hablen para nada ni enseñen en el nombre de Jesús” que se traduce en que ya no pueden transitar por las calles y extender la mano y tocar a un mendigo o a un ciego o a alguien que esté enfermo y débil o leproso en el nombre de Jesús y sanarlo en ese mismo instante; ya no pueden hacer eso. Ya no queremos más sanidades aquí. De hecho, ya no queremos oír mencionar el nombre de Jesús para nada.

Es algo trágico que —casi inevitablemente— en la historia del ser humano, cada vez que ha habido un poder religioso (puede ser desde una jerarquía religiosa en alguna iglesia protestante o puede ser la jerarquía católica romana o cualquier cosa; en este caso era la jerarquía judía), cuando este poder está establecido cualquier cosa que sea una amenaza al status quo tiene que verse como pernicioso, es malo, está equivocado. Todo lo que venga afuera o todo lo que entre que sea de afuera (que no venga del propio movimiento) tiene que ser sospechoso desde el comienzo. Y aquí tenemos la asombrosa aceptación de que se hizo una señal manifiesta, que no podían negarla, el milagro se hizo en el nombre de Jesucristo y en vez de simplemente esperar y ver si lo podían hacer de nuevo o no, en vez de simplemente esperar y ver si Dios verdaderamente estaba involucrado o no, en vez de dar un paso hacia atrás y decir “prediquen en el nombre de Jesús, veamos si tienen razón, veamos si sigue en pie, veamos si soporta la prueba del tiempo”, tuvieron temor. Simplemente tenían temor. Temían perder apoyo. Temían perder gente. Temían perder control. Es curioso, pero casi puede darse por sentado que cada vez que las personas utilizan el temor como un esfuerzo para controlar a la gente (tratando de asustar a las personas para que hagan o no hagan ciertas cosas) es casi inevitablemente porque ellos mismos están asustados. Temen perder control. Temen perder a las personas. Temen perder... simplemente tienen temor. Supongo que no importa mucho de qué están asustados. Pero márquenlo y recuérdelo y no permitan que se les olvide. Cuando alguien trata de asustarlo, es porque él mismo está asustado. Si uno puede llegar entender a qué le teme esa persona, uno ya le sacó ventaja.

Versículo 18:

“Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús”

¿Qué hace uno allí?

“Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”

Para Pedro, el decirle: “No prediques en el nombre de Jesús” era como decirle “no respires”, “abre tus ojos, pero no veas”, “abre los oídos, pero no escuches este sonido”. No era posible para Pedro hacerlo. El espíritu de Dios estaba en su interior; estaba lleno de él; si uno trataba de taponarlo, sería como una botella: estallaría. No había forma en la que Pedro pudiera hacerlo. Cuando dijo “no podemos”, estaba hablando en serio, no estaba usando una figura del lenguaje, no estaba diciendo “bueno, podría mantener la boca cerrada, pero no voy a hacerlo”. No, no. Cuando dijo “no puedo”, quería decir eso precisamente; no tenía elección; la verdad, no parece estar muy emocionado al respecto sino que simplemente era una de esas situaciones... y hay momentos en

la vida de calma determinación, de calma convicción, que incluso ante la más horrenda amenaza uno no tiene elección. En un momento como ese uno puede decir “lo siento, eso le toca juzgarlo a usted, pero yo tengo que hacer lo que me corresponde hacer”.

“Ellos entonces les amenazaron y les soltaron, no hallando ningún modo de castigarles, por causa del pueblo; porque todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho [estaban muy emocionados por ello], ya que el hombre en quien se había hecho este milagro de sanidad, tenía más de cuarenta años”

¡Cuarenta años! Y desde niño había estado allí en el templo pidiendo limosnas, tratando de obtener dinero, tratando de sobrevivir —algo sencillo que era normal para un hombre en aquel tiempo y en aquella época.

“Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”.

Citaron un salmo, pero luego dicen que estos hombres rabiaron e hicieron todo esta bulla y bramaron para hacer lo que tú habías decidido —desde hace tiempo— que iba a suceder.

“Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús. Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló”

¡Qué experiencia debió haber sido aquella! Qué experiencia fue pasar por esta persecución y haber visto a un hombre que es sanado (quien fue tomado de la mano y levantado) —un hombre paralítico de cuarenta años es sanado, cojo de nacimiento—, ser amenazado de aquella forma y sentir la tranquila confianza de que no tiene sentido preocuparse de lo que harán estos hombres porque no tengo elección: debo predicar, y luego reunirse con la iglesia para elevar una oración salida del corazón y que al decir amén al final de la oración, los cimientos del edificio en donde uno está empiecen a temblar y a retumbar y toda la casa alrededor de uno tiemble con el poder y la presencia de Dios todopoderoso.

“Y todos fueron llenos del espíritu santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios”

¿Cómo no hacerlo?

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos”